



Á VENECIA

I

Allí está Venecia, la dueña opulenta
De antiguos, y nobles, y libres blasones,
Venecia la hermosa, la villa que cuenta
Que á sueldo tenía soberbias naciones,
Señora del mar.

Que cuenta que un día imperios y reyes
Su gala envidiaron, su nombre temieron,
Y el mar y la tierra besaron sus leyes,
Y enviaronla buques, soldados la dieron;
Porque ella supiera batirse y triunfar.

Un día á sus ojos la tierra callaba,
Un día su nombre la tierra llenaba:
Pasaron los días, Venecia pasó.
Hoy es una viuda y hermosa Sultana,
Que tiene su corte ridícula y vana
Allá en un palacio que el Sultán la dió.

¡Venecia la encantadora,
La de los pardos pilares,
De las ciudades señora,
La señora de los mares,
La corona de jardines
Colgada sobre canales!
No son tu gala y festines
Los que valen lo que vales.
Hechizo de Italia, sí,
Mas del poeta la lira
No es por ti por quien suspira,
No, Venecia, no es por ti.

¿Qué valen tus gondoleros,
Y tus regatas vistosas,
Tus republicanos fueros,
Tus máscaras revoltosas,
Y tus timbres altaneros,
Sin los ojos hechiceros
De tus hermosas?

¡Ay, que tus días pasaron!....
Venecia, la maravilla,
A quien monarcas doblaron
Otro tiempo la rodilla,
Tus timbres ¡ay! se borraron,
Tus señores olvidaron
La hermosa villa.

Antigua reina del mar,
Mal encubres tu caída
Tus bodas al celebrar
Con la posesión perdida.
Llora, Venecia, sí, llora,
Haz duelo en amargo llanto,
Que tus esclavos, señora,
Escupen sobre tu manto.
Reina, tu Adriático brama
Lejos ya de tus confines,
Olvidale, noble dama,
Entre danzas y festines.

Tu patrono ha encanecido,
Tu rauda león no vuela,
Sobre sus garras dormido,
Por tu grandeza no vela;
Brioso alazán herido,
Su caballero ha perdido
Freno y espuela.

Un capricho que pasó,
Matrona opulenta, fuiste;
Tu Príncipe te olvidó;
Hermosa, ya envejeciste
Y tu tez se marchitó:
¡No pienses, Venecia, no,
En lo que fuiste!

II

¡Reir, cantar, beber, corta es la vida!
Reir, hasta que seca la garganta
Niega paso á la voz enronquecida;
Cantar, hasta que el alba se levanta,
Que yace en el Adriático dormida.
¡Opulenta Venecia, ríe y canta!
Ríe y canta, señora de los mares,
Que la risa y la voz cubren el llanto;
Y mientras roe el tiempo tus pilares,
Y deslustra la lluvia el áureo manto,
Risa, y juego, y festines, y cantares....
Rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgía
La voz de un enfermo apaga,
Que un suspiro de agonía
No penetra en un festín.
Canta, Venecia la bella,
Para cubrir el crujido
De tu poder que se estrella,
Y va rodando á su fin.

Levanta una carcajada
Para apagar un gemido,
Fatídica campanada
Preludio de un funeral;
Melancólica armonía
Que en la bóveda del templo
Vibra al expirar el día,
Y es un canto sepulcral.

Porque, pese á tus placeres,
A tu pompa y tu hermosura,
Hoy, Venecia, sólo eres
Una memoria de ayer,
Un sepulcro cincelado
Entre flores y perfumes,
Donde yace abandonado
Tu carcomido poder.

Un velo blanco de lino
De una virgen desgraciada,
Ofrenda al verbo divino
Suspendida en un altar;
Barro inmundo en que grabaron,
Con mano desesperada,
El nombre que te legaron
Tantos siglos al pasar.

Tu ley sea el placer, ciudad gigante:
¡Reir, cantar, beber, corta es la vida!
Que en un festín espléndido y brillante,
Duerme el *pasado*, el *porvenir* se olvida.

Un recuerdo y un suspiro.

Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir
Y el paraíso de amar.

D. NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

I

Bella es la luz de la rosada aurora
Y una mañana del quemado estío,
Cuando con tibia púrpura colora
Las transparentes gotas del rocío.

Cuando inundan el aire de armonía
Las aves en las hojas apiñadas,
Cuando la tierra, saludando al día,
Desata ríos, fuentes y cascadas.

Cuando se mecen las abiertas flores
Al blando arrullo de la brisa errante,
Y pasa el aura prodigando olores
Su inmenso velo al desplegar flotante.

Cuando en sus torres, la ciudad dormida
Vibra ronca la voz de la campana,
Señal primera de que vuelve á vida
Y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte
Cuando alza ufano la radiante esfera,
Gigante que, trepando por el monte,
Del mundo el sueño á sorprender viniera.

Bella es la tarde con su parda sombra
Que el ruido apaga y el espacio puebla,
Cuando del mundo en la gastada alfombra
Tiende su manto de azulada niebla.

Bella es la noche cuando en paz camina
Entre sublime oscuridad velada,
Al opaco fulgor con que ilumina
Esa luna de estrellas coronada.

¡Bello es el mundo, sí, la vida es bella!...
Dios en sus obras el placer derrama:
Sólo no encuentra su contento en ella
Un corazón que el imposible ama.

Él sólo melancólico suspira
Cuando el alba purpúrea se eleva;
Él sólo melancólico la mira
Cómo en sus pliegues su esperanza lleva.

Sólo él sabe que el sol en Occidente
Al sepultarse, le arrebató un día,
Y la noche, al caer sobre su frente
Con su misterio aumenta su agonía.

Sus ojos ven el alba, y ven las flores,
Ven la luz, y la sombra, y las estrellas,
Ven las horas rodar....., y sus dolores
¡Rodar también para volver con ellas!

¡Corazón que no has amado,
Tú no sabes el dolor
De un corazón acosado,
Carcomido y desgarrado
Por amarguras de amor!

No sabes cómo se llora
Con ese llanto que quema,
Con la noche y con la aurora,
Con ese sol que colora
En la frente un anatema.

Se llora con el placer,
Se llora con el pesar,
Con el recuerdo de ayer,
Y mañana..... hay que llorar
Si nos ama una mujer.

Tú, velado á la tormenta
De borrascosa pasión,
No sabes cómo se aumenta,
Cómo inflamada revienta
La pena en el corazón.

Cómo le devora eterno
Ese esperar indeciso,
Cómo abrasa el fuego interno
De tener hoy un infierno
Donde estuvo un paraíso.

¡Amar y no ser amado!
¡Sentir y no consentir!
¡Morir viviendo olvidado!
¡Ay! ¡Morir de enamorado
Y no poderlo decir!

¡Bullir en el pensamiento
El bello ser de otro ser....
Y este roedor tormento,
Que hemos bebido en el viento,
En la voz de una mujer!

Sí, mis oídos la oyeron,
Mis ojos la contemplaron;
Era hermosa y la creyeron....
Mis oídos me mintieron
Ó sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez; descendió al suelo
Para dejar sobre la tierra impía
Alguna oculta maldición del cielo,
Y un reguero de luz y de armonía.

La amé al pasar, y me dejó pasando,
Y por único alivio en mi honda pena,
«Canta», me dijo, y la visión flotando
Se deshizo en la atmósfera serena.

II

Á D. N. PASTOR DÍAZ

Poeta, ven y cantemos
A una voz nuestros amores;
En un arpa los lloremos,
Que bien cobijarse vemos
A un árbol dos ruiseñores.

Yo tu dolor cantaré,
Tú cantarás mi dolor,
Que igual el de entrambos fué,
Y harto yo solo lloré
Una mujer, un amor.

Hagamos doliente y tierno
A nuestro canto improviso,
Del mundo un recuerdo eterno,
Y donde estuvo un infierno
Alcemos un paraíso.

Á D. Jacinto de Salas y Quiroga.

Es el poeta en su misión de hierro,
Sobre el sucio pantano de la vida,
Blanca flor que, del tallo desprendida,
Arrastra por el suelo el huracán
Un ángel que pecó en el firmamento,
Y el Señor en su cólera le envía
Para arrostrar sobre la tierra impía
Largas horas de lágrimas y afán.

Por eso su memoria tiene un cielo,
Y una sublime inspiración su alma;
Por eso el corazón, de triste duelo
Vestido está también.

Que por único alivio en su tormento
Sólo le queda una canción inútil,
Y una corona que le arranca el viento
De la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
Poeta del dolor, bardo sombrío;
Tú que á remotos climas has llevado
Tu noble y melancólico cantar,
Como los pliegues de la parda niebla
Errante cruza un ave misteriosa,
Y de armonía con sus cantos puebla
La corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú á la vida naciste
Como pacífico arrullo
De aislada tórtola triste;
Como fuente abandonada
Que levanta su murmullo
Sobre la peña olvidada.
Como el ósculo inocente
Con que el maternal cariño

Selló la tranquila frente
De su hijo más pequeño;
Como el suspiro de un niño
Al despertar de su sueño.

Cumple, sí, tu misión sobre la tierra,
Camina en paz, errante peregrino,
Hasta leer el porvenir que encierra
El libro del destino
Escrito para ti;
Hasta que expiren los revueltos días
Que señaló en su mente Jehová,
Y en tu destierro tu delito expías,
¡Ay! porque escrito está
Que has de salir de aquí.

De aquí, del hediondo suelo
Donde te mandó el Señor
Detener tu raudo vuelo,
Para cantar tu dolor
Sin que se oyera en el cielo.
Y bien pesó tu amargura
Al traerte á esta mansión,
Dando al hombre en su locura
Una soñada ventura
Que no está en tu corazón.

Que él no comprende el tormento
Que tu espíritu combate,
Ese amargo sentimiento
Que tu noble orgullo abate,
Nacido en tu pensamiento.

N. Hay una flor que embalsama
 Con ambiente de la vida,
 Con su fragancia perdida
 Que sólo no se derrama
 En tu alma dolorida.—
 Es un privilegio impío
 Mirar el placer ajeno
 En su loco desvarío,
 Y en el corazón vacío
 Sentir acerbo veneno.
 Y con ojo avaro, ardiente,
 Ver tanta mujer hermosa,
 Con esa tez transparente,
 Con esa tinta de rosa
 Sobre la tranquila frente.

Ver tanto feliz galán,
 Tanta enamorada bella,
 Que en plática amante van
 Sin curarse él de tu afán,
 Sin adivinarle *ella*
 ¡Y el poeta en su misión
 Apurando su tormento!
 Sin alivio el corazón,
 ¡Sin más que una maldición
 Escrita en el pensamiento!
 De su sentencia mortal
 Con un día y otro día
 Llenando el cupo fatal,
 Cual lámpara funeral
 Iluminando una orgía.



Á

Déjame oír tu misterioso canto,
 Alegre voz de tus ensueños de oro;
 Solo y perdido peregrino, en tanto
 Mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía
 Y es justo que le cantes y le adores;
 Puro y tranquilo resbaló tu día,
 Tu sien de niño coronó de flores.

Para ti son la risa y los festines,
 La tierra para ti tiene placeres,
 La tierra para ti tiene jardines,
 Y para ti son bellas las mujeres.

Y tiene luz el cielo transparente,
 Color azul y lánguidas estrellas,
 Y ese fanal que alumbra tristemente,
 Cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada
 Quema y devora cuanto en torno nace,
 Arroyo que al caer de la cascada
 En cristalinas trenzas se deshace;

Pero llega torrente á la llanura,
 Y arranca frutos, árboles y flores,
 Y al campo roba gala y hermosura
 Arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa
 Vine á surcar las ondas de la vida,
 Con el alma penada y fatigosa,
 Con la esperanza del placer perdida.

No para mí, que busco una corona
 Y un nombre pido en agonía vana;
 Mentida luz que de verdad blasona,
 Pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací
 Hecha de fuego mi alma,
 Sin un momento de calma
 En las horas que viví.

.

 ¿Por qué en el lánguido aliento
 De una mujer que suspira,
 Sólo el poeta respira
 Su amargura y su tormento?

¡Ay! ¿De qué le sirve al triste
 La fogosa inspiración,
 Si es de tierra el corazón
 Y su voluntad resiste?
 En los góticos salones,
 En las pintorescas ruinas,
 Canta con notas divinas
 Sus misteriosas canciones.

Y cree sus fábulas bellas,
 Y en su entusiasmo violento,
 Su espíritu va en el viento
 Por cima de las estrellas.

En la tierra.... pasa el hombre
 Y ve su miseria en calma:
 ¡Ay, no comprende su alma
 Y no demanda su nombre!
 Que es el poeta un bajel
 Que, de riqueza cargado,
 Surca el mar alborotado
 Para naufragar en él.

Mas yo vi el tronco mortal
 De avaro conquistador
 Al amarillo fulgor
 De lámpara funeral.